

Míralos ya, alma mía,
levantar, cual en torpes lupanares,
alta y soez orgía
aquí, do ayer se oía
el sublime cantar de los cantares.

Con las tuyas mezclamos
nuestras teas, mi bien, pues ya incendiaron
los ídolos que vemos:
el pedestal quememos,
ya que sobre él á nuestro Dios quemaron.

Ven, que sin noble valla
aquí sus fuegos saciará brutales
el corazón que estalla,
cabe la ru n canalla
que hundió cadalsos para alzar puñales.

Ven, que aunque ayer oramos
ante ese altar que derrumbado humea,
de él nuestra alfombra hagamos;
con esto escarnezcamos
la vil generación que nos rodea.



Y si en el trance impío
al ver mis ojos destrucción tan fiera
vierten de sangre un río,
no los seques, bien mío,
vierta el dolor lo que el puñal espera.

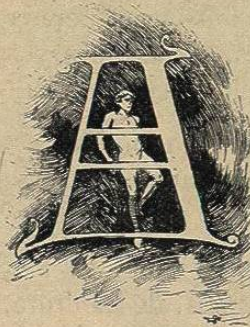
Alza, don Juan segundo,
deja asolar tus fúnebres aprestos,
que, en su rencor profundo,
ese tropel inmundo
si no halla sangre, aventará tus restos.

¡Fuego, embriagada tropa!
Talad, brindando por el culto ibero,
tinta en licor la ropa:
ayer en esa copa
la sangre se libaba del Cordero.

¡Ah! desde hoy nuestros brazos,
¿en qué altares, con mística porfia,
formarán tiernos lazos?
Vedlos aquí en pedazos.
¡Rotos pedazos, ¡ay! del alma mía!

EL PRIMER AMOR

ALEGORÍA. — Á P...



v del que, ahogando congojas,
funda sus gustos y amores
en el verdor de unas hojas,
ó en el matiz de unas flores!

Dígalo en tristes endechas,
pese á tan crudas memorias,
la que entre flores deshechas
vió por el aire sus glorias.

Un plácido almendro estaba
viendo una niña en su anhelo,
que con su pompa afrentaba
toda la pompa del cielo.

Seguía al árbol mirando
con afición importuna,
hora por hora contando
sus galas una por una.

Mas ¡ay! que tanto ornamento
costó á su pecho afligido,
cada capullo un lamento,
y cada flor un gemido.

— ¿Por qué los lánguidos ojos
amante en el árbol fijas,
antes de ver con enojos,
niña, las sierpes y abrojos
que con las plantas cobijas?

¡Ay! pese á tu amor, repara,
en tus delicias extremas,
que ya la fortuna avara
dejó sin ídolo el ara
adonde tu incienso quemas.

Conjura el cierzo sombrío,
porque de flores tan bellas
marchitará el atavío,
desvaneciendo, amor mío,
tus ilusiones con ellas.

¿A qué el abril de tus años
consagras, niña, á unas flores,
si no has de evitar los daños
que causan los desengaños
de los primeros amores?

¿Si pensarás por ventura,
embebecida en la calma
de tu amorosa locura,
que las heridas del alma
cualquier remedio las cura?

¿Y qué harás, dueño querido,
cuando de las nubes fieras
oigas el ronco estampido,
tú que jamás has oído
más que balar las corderas?

Nunca sentiste encontrados
revolotear los ambientes
por los espacios lanzados;
pues siempre viste en los prados
adormecidas las fuentes:

Y ¡ay, si á torrentes bramando
el agua va por las cuestas,
los mármoles desquiciando,
en su furor trasportando
los bosques á las florestas!

Pon término á tus locuras,
que los volcanes revientan
en las soberbias alturas,
donde las flores más puras
eterno al mayo sustentan.

Cuando apacible rompieres
en amorosos cantares,
no has de olvidar si pudieras
que siempre son los placeres
la cuna de los pesares.

Y ya en el trance postrero,
será inútil que cobarde
dé el labio un ¡ay! lastimero.
¡De qué valdrá el mensajero
si ya el perdón llega tarde! —

Una á una, hora por hora
contaba las flores bellas,
hasta que un día á la aurora
halló el arbusto sin ellas.

Entre sus alas llevaron
toda su pompa liviana
los céfiros que pasaron
á recibir la mañana.

Vió entonces entre suspiros
del primer mal el trasunto,
y cuántas vueltas y giros
da la fortuna en un punto.

Mirando el árbol desierto
da riendas al lloro en tanto,
¡Siempre es el último puerto
de nuestras cuitas el llanto!

¡Así el hojoso ornamento
costó á su pecho afligido,
cada capullo un lamento,
y cada flor un gemido!

¡Mas de cuánta ilusión y cuántas flores
se orlaran ¡ay! nuestros primeros años,
si los cierzos calmaran sus furioses,
y acotara el amor sus desengaños!

Llora del viento el desamor injusto;
lloremos, sí, nuestro fugaz aliño,
porque también el destrozado arbusto
la imagen es de mi primer cariño.

Y cuantas almas el dolor devora,
vengan también á lamentar conmigo
a viudez de la tórtola que llora
al pie del árbol de su amor testigo.

Es digna, sí, de fraternal consuelo,
la pobre niña, que mirando sólo
como un almendro engalanaba el cielo,
no oyó los austros conmovier el polo.

Una senda de flores sin espinas
soñó la triste en su ilusión primera,
pero ajadas sus plantas peregrinas
ya ensangrentó la desigual carrera.

¡Blandos favonios del templado estío,
un cisne socorred de blanco seno,
que al avanzar hacia el cristal del río
cayó á la orilla entre el hedor del cieno!

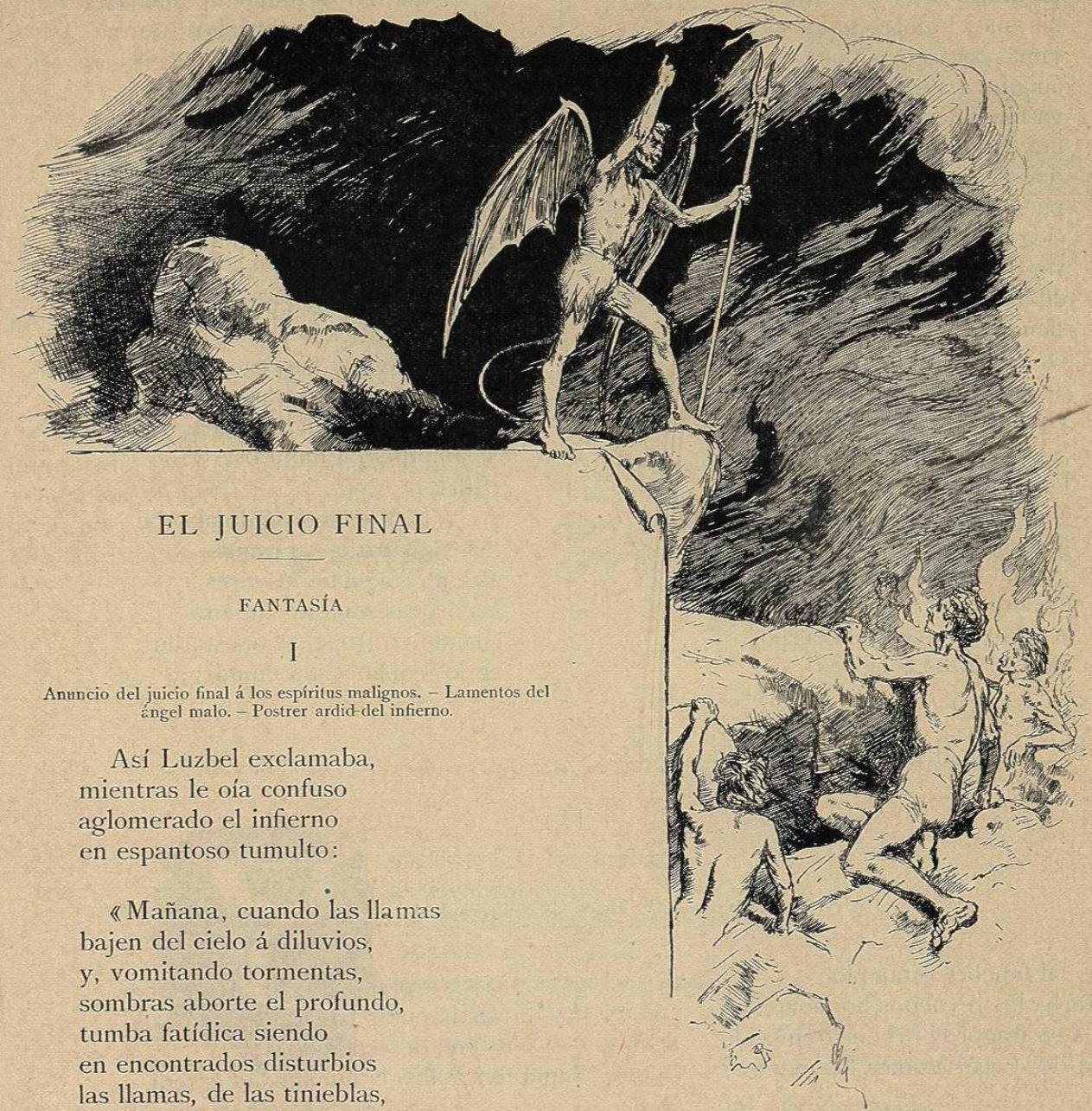
¡Descended, serafines, de la altura,
y unas alas prestad á esa paloma,
que ya entre el musgo la serpiente impura
á devorarla sin piedad se asoma!

¡Vagad, ayes del alma, en son de duelo,
paz demandando al Hacedor divino,
para el arcángel, que al tornarse al cielo,
tocó en el mundo porque erró el camino!

Tal vez en su inocencia no creía,
al amainar su vuelo acelerado,
que el paraíso terrenal cubría
la mácula afrentosa del pecado.

Vuestra mano, Señor, sea la guía
de esa inocente, que angustiada llora,
que al despedir al sol dichosa un día,
se halló infeliz al asomar la aurora.

Y si basta de lágrimas un río
para que oigáis su angelical querella,
puedan lograr su redención, Dios mío,
las muchas ¡ay! que derramé por ella.



EL JUICIO FINAL

FANTASÍA

I

Anuncio del juicio final á los espíritus malignos. — Lamentos del ángel malo. — Postrer ardid del infierno.

Así Luzbel exclamaba,
mientras le oía confuso
aglomerado el infierno
en espantoso tumulto:

«Mañana, cuando las llamas
bajen del cielo á diluvios,
y, vomitando tormentas,
sombras aborte el profundo,
tumba fatídica siendo
en encontrados disturbios
las llamas, de las tinieblas,
y éstas, de aquéllas sepulcro;
y desquiciados los orbes,
por los espacios cerúleos,
ya con la llama abrasados,
ya entre las sombras ocultos,
amenazando caídas
perdidos vaguen sin rumbo,
al ruido de la trompeta
que anuncie el final del mundo;
el orbe donde nacimos
asediaremos sañudos,
para vestir los despojos
de los que en él fueron justos,
y en alas de su pureza,
los nuestros dejando impuros,
á juicio pareceremos
de Dios ante el trono augusto.»

Al nombre de Dios heridos,
como al poder de un conjuro,
se dispersaron inquietos
los condenados en grupos,
hondos gemidos lanzando
de eternos ecos preludios;
y de la atroz gritería
al descompuesto murmurio,
despiden rayos sus ojos,
fatal emblema de orgullo,
restos de glorias pasadas,
y de alto origen trasunto.

«Tremendos sobre nosotros,
siguió Luzbel, uno á uno,
entre martirios sin cuento